

El caos carnavalesco en la venta de Juan Palomeque

● GABRIELA NAVA

El carnaval sugiere un ambiente libertino, desmesurado, hasta orgiástico; un universo de máscaras y disfraces, un espacio lúdico plagado de música, desfiles y bailes. El sentido del mundo carnavalesco es aparentemente arbitrario y disparatado, sin embargo, en el fondo, está vinculado con una particular percepción de la vida y de la sociedad, alterna a la visión oficial. En cierta forma, lo carnavalesco es la oportunidad de la colectividad para desconstruir al sistema social vigente a través de un proceso de relativización y desjerarquización de todo modelo establecido: preceptos, tabúes, principios, límites, privilegios, etcétera.¹ Pero esta interrupción momentánea del mundo ordinario, más que cuestionar al sistema, lo que pretende es la restauración del mismo, y de manera un tanto contradictoria, la solución para restituir el equilibrio del orden es desordenarlo.

Georges Balandier observa que en distintas visiones cosmogónicas, como las africanas, la cristiana, la prehispánica, entre otras más, es un tópico recurrente que el principio creador del universo sea el caos que se transforma en orden.² En ellas el caos se organiza de acuerdo con una distribución analógica de elementos primarios: la tierra y el agua, la luz y la oscuridad, etcétera. El dinamismo del universo tanto natural como social se apoya en una serie de oposiciones básicas: presente / pasado,

¹ Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Trad. de Julio Forcat y César Conroy. Madrid, Alianza, 1990 (Historia y Geografía, 57), p. 15.

² Georges Balandier, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*. Trad. de Beatriz López. Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 19-28.

orden / caos, Apolo / Dionisos, o cuaresma / carnaval. El equilibrio universal se produce cuando cada elemento conserva su lugar y no se mezcla con ningún otro.

El orden implica la inmovilidad del sistema en un ciclo ininterrumpido. Pero dicha permanencia lo agota, desgasta y envejece. Para mantener su estabilidad necesita renovarse ocasionalmente, pero esto supone abandonar la inmovilidad. El cambio está necesariamente asociado con una idea de movimiento y fluidez. La caología refiere que el desorden no es una fuerza destructora, por el contrario, es una energía positiva que cumple la función del primigenio caos creador. En el caos los elementos opuestos se funden y se combinan para dar pie nuevamente a la mezcla primaria. Lo caótico es, entonces, un fenómeno inherente al renacimiento del mundo.

La ruptura del orden es necesaria también en el universo uniforme y monótono de la vida social. Las leyes, las prohibiciones y los principios son incapaces de renovarse por sí mismos. Por ello requieren, tal como lo señala Roger Caillois, “volver al principio del mundo, a las fuerzas que entonces transforman el *caos* en *cosmos*”.³ En este sentido, la fiesta y el juego son una simbólica recuperación de los primeros tiempos.

El carnaval se asemeja al caos original debido al “pathos de cambios y transformaciones, de muerte y renovación”⁴ que lo caracteriza. El carnaval puede considerarse como una conjunción de caos y renacimiento que conlleva una revaloración y crítica del universo social y que ejerce un efecto catártico en el sistema.⁵ El comprender al carnaval como un caos creador enriquece las interpretaciones de las manifestaciones carnavalescas y el *mundo al revés* expuestas por Mijaíl Bajtín, Julio Caro Baroja, Harvey Cox y Claude Gaignebet. El desorden que se transforma en una armonía social sirve para describir la esencia de lo carnavalesco en las ventas en el *Quijote* de 1605.⁶

³ Roger Caillois, *El hombre y lo sagrado*. Trad. de Juan José Domenchina. México, FCE, 1996, p. 116.

⁴ M. Bajtín, *op. cit.*, p. 25.

⁵ G. Balandier, *op. cit.*, p. 112.

⁶ En el texto de 1615, las ventas cumplen una función distinta; pese a que sí pueden identificarse con el mundo de lo popular y lo festivo, no se rigen concretamente bajo las reglas del mundo carnavalesco.

Los distintos sucesos de burla, enmascaramientos y violencia física, más el ambiente jocoso y transgresor que permea los episodios venteriles ocurridos en la Primera parte del *Quijote* (caps. II-III, XVI-XVII, XXXIII-XLVI), permiten compararlos con una serie de eventos típicamente carnavalescos, como lo han observado Agustín Redondo (1978), James Iffland (1999), Manuel Durán (1980) y Robert M. Flores (1982), entre otros cervantistas. Los contrarrituales, las mascaradas, los juegos lingüísticos y las tundas colectivas que se llevan a cabo en ambas ventas no son un mero reflejo de las típicas costumbres carnavalescas, sino que pretenden el desordenamiento del mundo cotidiano para su mejora.

El ambiente carnavalesco en la primera venta (cap. II-III) se inicia con la instauración del *mundo al revés* propiciada por don Quijote y sus percepciones de la “realidad”. El caos se va infiltrando en el primer escenario venteril e invade todos los niveles, transformando todas las esferas, desde los individuos hasta los escenarios: la venta es convertida en castillo, el porquero en enano, las prostitutas en doncellas, el ventero en castellano y los arrieros en caballeros. De igual forma invierte el ámbito de lo normado a través de los contrarrituales de la vela y la investidura de las armas. Pero la esencia del carnaval como Caos creador se cumple plenamente en las dos visitas a la venta de Juan Palomeque. A continuación me detendré a analizar brevemente algunos aspectos de este caos carnavalesco.

El caos lingüístico: anonimia y polionomasia

Mijaíl Bajtín, en su conocido estudio acerca del carnaval en la cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento, analiza la tontería como parte del vocabulario característico de la plaza pública. En su opinión, “la tontería es profundamente ambivalente: tiene un lado negativo: rebajamiento y aniquilación [...], y un lado positivo: renovación y verdad”.⁷ Pero también, desde otro punto de vista, puede ser una alternativa para desconstruir a lo oficial, para reformularlo; en otras palabras, conferirle un nuevo nombre. El nominar a la realidad no es una tarea inmotivada

⁷ M. Bajtín, *op. cit.*, pp. 233-234.

en el caos, sino que se encuentra relacionada con la anonimía original. De ahí la posibilidad de rebautizar a los objetos. Asimismo, el universo caótico es volátil y mutable, por lo tanto es posible que impere la polionomasia.

En la venta de Juan Palomeque, el baciuelmo y la albarda-jaez son un ejemplo tanto de la licencia de la tontería para renombrar como de la polionomasia. Este doble aspecto explica, en cierta forma, el rebautizo de ambos objetos. El ambiente carnavalesco le permite a maese Nicolás, al cura, a don Fernando y a otros huéspedes de la venta jugar con la inestabilidad del lenguaje y llevar a cabo un paródico proceso judicial para resolver la polionomasia. Al predominar la razón carnavalesca, el fallo se inclina por declarar como verdadero u oficial al nuevo nombre: “El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que a ninguno pregunto lo que deseo saber que no me diga que es disparate el decir que ésta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo” (I, 45, p. 542).⁸

El caos lingüístico puede observarse, también, en el perspectivismo presente en el episodio del encuentro nocturno con Maritornes. Edwin Williamson ha observado que: “el lenguaje en este episodio irónico y turbulento se vuelve flexible e incluso caprichoso en su variabilidad; parece haber perdido el respeto por los significados establecidos y las referencias fijas del discurso caballeresco ideal de don Quijote”.⁹ Los términos que fluctúan permiten que “la humilde sirvienta se fragment[e] verbalmente en varias imágenes incompatibles a causa del distinto tratamiento que recibe por parte de don Quijote, el arriero, el ventero, Sancho, y el mismo narrador”.¹⁰ Por ello, de *diosa de la hermosura* se convierte en *pesadilla* y posteriormente en *puta*.

El perspectivismo en la imagen de Maritornes se debe a la confusión creada. Pero vale la pena señalar que la moza asturiana participa en

⁸ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. de Luis Andrés Murillo. Madrid, Castalia, 1991, Primera parte, cap. XLV, p. 542. (En adelante cito, entre paréntesis, parte, capítulo y página.)

⁹ Edwin Williamson, *El Quijote y los libros de caballerías*. Trad. de María Jesús Fernández Prieto. Madrid, Taurus, 1991, p. 203.

¹⁰ *Idem*.

ella de manera accidental. Sin embargo, en el ambiente carnavalesco la pérdida voluntaria de la identidad es un elemento primordial.

El mundo sin rostro: igualitarismo y libertad

La máscara y el disfraz son el rostro incierto del mundo caótico, donde las identidades se confunden al desaparecer las diferencias marcadas por la condición social, la edad y el sexo. El desorden social propicia la inversión, la invención y la usurpación de identidades. Aunque sea por un instante, la habitual es ocultada bajo otra festiva.

El juego de las personalidades alteradas presenta varias modalidades en las tres ocasiones en que don Quijote se aloja en las ventas de la primera parte. En la venta del castellano y en la primera visita a la de Juan Palomeque, don Quijote “asigna” los papeles a los participantes de sus historias caballerescas. La segunda vez, en la venta de Juan Palomeque, los papeles no son designados por el caballero manchego, sino adoptados por cuenta propia por los personajes, ya sea por seguirle el humor, ya sea por burlarse de él o por motivos ajenos a la historia de la princesa Micomicona. En este sentido, no es casual que varios de los personajes lleguen a la venta ocultando su personalidad o encuentren a alguien que buscaban bajo otra identidad, como en los casos de don Fernando, Lusinda y don Luis. De este modo, la venta de Juan Palomeque se distingue por ser el reino de las mascaradas. Roberto Ruiz resume la esencia de estos juegos de identidades al plantear que “nada ni nadie es lo que se creía: todo y todos se orientan hacia el reino de las apariencias, donde se confunden los límites y hacen crisis las identidades”.¹¹

Por otra parte, el *mundo sin rostro* favorece la libertad de actuación y el igualitarismo. Al desaparecer las identidades no hay manera de implantar el control social y caducan los patrones de conducta. La máscara, real o metafórica, funciona como una puerta abierta al libre actuar. Bajo esta lógica es la que se ampara el cura, representante del mundo oficial, para adoptar una conducta nada ortodoxa para su rol social. La

¹¹ Roberto Ruiz, “Los combates simbólicos del *Quijote*”, en *Diálogos / Artes / Letras / Ciencias Humanas*, 1975, 61, p. 27.

libertad carnavalesca le permite al cura convertirse en el autor, actor y director de la historia de la princesa Micomicona.

El *mundo sin rostro* es una masa amorfa y anónima, por ende no hay identidad alguna que pueda ser reconocida. El individuo sólo puede ser parte del “gran cuerpo popular”,¹² es decir, de la colectividad. El resultado es un universo igualitario. De este modo es posible que en un mismo espacio cohabiten fraternalmente individuos que en la vida cotidiana están separados. En la venta de Juan Palomeque, donde coinciden representantes de la Iglesia, la aristocracia y otras clases sociales, el caos borra las diferencias y establece el igualitarismo. Por ello, conviven burlescamente el barbero y el oidor, el mozo de mulas y la princesa Micomicona, las doncellas y semidoncellas, el cura y la mora-cristiana. Y es posible que Maritornes sea *mancuerna* de la hija de la ventera en la broma de dejar colgando de la mano a don Quijote, y maese Nicolás sea comparsa de don Fernando en las burlas dirigidas al *sobrebarbero* y a don Quijote.

La violencia: otra manifestación del caos

La nueva convivencia propicia una mimesis entre los distintos miembros, pero al mismo tiempo acentúa la rivalidad que existe entre las clases sociales en el mundo cotidiano. Las tensiones internas, los rencores, las rivalidades y todo tipo de conflictos en el seno de la comunidad son resueltos por medio de una ambivalente fuerza: la violencia.¹³ La violencia, una variante de lo caótico, es una fuerza capaz de filtrarse en los distintos niveles del sistema, debilitando y derrumbando las fronteras de las estructuras sociales con el único objetivo de restaurar la armonía de la comunidad. Tomando en cuenta esto, la violencia física o verbal equivale a una simbólica purificación ritual del orden social. Lo rejuvenece de tal manera que los conflictos de Dorotea y Cardenio,

¹² M. Bajtín, *op. cit.*, p. 229.

¹³ René Girard, *La violencia y lo sagrado*. Trad. de Joaquín Jordá. Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 15-16.

don Luis y el capitán son resueltos justamente en medio de una violenta parafernalia carnavalesca.

No es casual que ambas visitas a la venta de Juan Palomeque lleguen a su punto climático con la celebración de una típica tunda colectiva que confirma el igualitarismo instaurado. La violencia alcanza de manera indiscriminada a los representantes tanto del mundo oficial como del no oficial. Por ello, el torbellino de los golpes envuelve a todos los presentes; en la primera visita,

daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron ascuras, dábanse tan sin compasión todos a bulto... (I, 16, p. 205).

Y en la segunda visita,

El barbero aporreaba a Sancho, Sancho molía al barbero, don Luis, a quien un criado suyo se atrevió a asirle del brazo porque no se fuese, le dio una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendía, don Fernando tenía debajo de sus pies a un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy a su sabor; el ventero tornó a reforzar la voz, pidiendo favor a la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre... (I, 45, p. 544).

Con este episodio de “caos, máquina y laberinto de cosas” y locura carnavalesca comienza el fin del carnaval venteril. La presencia de los cuadrilleros que demandan la aprehensión de don Quijote es un indicio de que la realidad inicia su retorno. Por ello, don Quijote debe ser enjaulado, y los demás participantes, tras enmascararse una última vez, deben recobrar su faceta real y retomar sus caminos para continuar con sus vidas que han sido enmendadas por el ambiente regenerador del carnaval.